

ME QUEDO CONTIGO.

¡Éramos tan jóvenes! Aquella luminosa mañana de un tardío mayo, aromas de celindas en la iglesia. Tras la boda, salíamos arrobados de felicidad. Besos y parabienes se repartieron por doquier. Luego vino el deseado viaje. Nerviosos, la noche anterior, repasamos el equipaje, pasaportes, dinero y demás documentos. Aterrizamos en Atenas.

Derramamos nuestro amor por las milenarias calles de la ciudad. Nos besábamos en cualquier rincón a la par que nuestros cuerpos desprendían olor de felicidad y de camino recién comenzado. Cenamos en Dionysos, frente al Partenón, iluminado por la lechosa luz de una gigante luna llena. Simulamos en fotos, posturas de atletas en el estadio Panatenaico, nos maravillamos en el monte de la Acrópolis imaginando la estatua de Atenea Pártenos, de oro y marfil, iluminada por la suave luz de los pebeteros y aroma de inciensos. Nos perdimos por el bullicio de Plaka.

Cuando el viaje llegaba a su fin, un aire de tristeza nos iba invadiendo. Una tarde, bañada por los últimos suspiros del sol, buscamos algún objeto para nuestro hogar.

En un rincón, casi perdida entre tavernas, descubrimos una destartalada tienda. El encargado, con ojos vivos y chispeantes, de pelo canoso y desordenado, nos invitó con gestos solícitos. Aquel lugar, con forma laberíntica, tenía las ventanas tapiadas por los objetos. Unas minúsculas bombillas desprendían una luz amarillenta que proyectaba cortas sombras de los objetos que reposaban, unos al lado de otros, sujetándose en imposibles equilibrios. Arriba y abajo, en paredes y suelo: copas, jarras, muebles, escritorios ajados, sillas, tapices, algunos quinqués y desportillados buzukis. El viejo, nos dejó que deambuláramos en las entrañas de aquella extraña ballena. Nuestros ojos miraban asombrados aquí y allá. Olía a polvo rancio y viejos aromas que desprendía todo cuanto allí dormía. Bajo una pequeña lámpara de estilo art-decò, estaba aquella anciana escultura. Del color del trigo maduro. De la época arcaica, deduje, por su perfil. La nariz recta, su boca tenía dibujado un rictus de amargura o de esfuerzo, la melena bien peinada adornada por una redecilla. La oreja, parecía mal colocada. Se me antojó que quizás no la había esculpido la misma mano. Me pareció que su ojo era desmesurado. Sin embargo, al observarla con más detenimiento, imaginé que formó parte de algún tímpano o friso de algún templo. El hombrecillo detectó una extraña atracción entre el objeto y yo. Cogió entre sus manos aquel fragmento y lo depositó entre las mías. Suave piedra. Lo acerqué más a mi cara, me transmitía el paso del tiempo. En su interior parecía que se producían unos pequeños latidos. Entonces surgió la duda, —¿Lo compramos?—

Para mí era el objeto, sin embargo, a mi marido le pareció que era añadir peso al equipaje. Ya no hubo nada en aquel sitio que me llamase la atención. Con una mirada de decepción recíproca, nos despedimos.

En compensación, Mario, me regaló un precioso anillo de inspiración bizantina con motivos florales.

Pasaron los años, llegó el desamor. Un día caluroso de agosto me vi sentada en el suelo del salón de aquella casa que fue nuestro hogar. Rodeada de cajas que albergaban los restos de nuestro naufragio. Flotaba un aire de soledad y melancolía. Las paredes impregnadas de palabras, risas y decepciones... Ahora no había mesas, ni sillas, ni cortinas. La persiana subida, daba paso al recio sol que iluminaba el suelo desgastado por nuestros pasos. Cerré la última caja. Los empleados de mudanzas las retiraron.

Meses después, una llamada de teléfono me llevó al pasado. Una vieja compañera de trabajo se puso en contacto conmigo. Yo que andaba todavía colocando cosas en mi nueva casa, pensé que una escapada no me vendría mal.

Pasamos un día delicioso, entre recuerdos añejos y relatos de experiencias personales. Cuando estábamos al borde de la despedida, casi tropezamos con un tenderete, reclamo de un chamarilero.

Nos reímos, la curiosidad pudo con nosotras. Nos adentramos en la tienda. La mujer que atendía el negocio, sentada en una mugrosa silla, parecía formar parte de aquel viaje al pasado. Husmeamos entre olvidadas enciclopedias, libros de contabilidad desaparejados, máquinas de escribir silenciosas, copas, almireces de madera, piedra y bronce. No buscábamos nada, pero algo me encontró y me trasladó a aquella lejana tarde en Atenas. Me miró de nuevo con su ojo desproporcionado. No dudé en cogerlo. Sentí aquel latido, ¡pum, pum! Lo acerqué a mi pecho. Mi amiga se quedó sorprendida, (Luego te explico). Sin dudar ni un momento, pregunté el precio. La mujer me dijo: *“Que aquello había aparecido en una caja perteneciente a un lote que le vendieron unos herederos, ignorando su contenido. Al cabo de los días, cuando lo ordené, allí estaba esa cara tan rara, encima de unos libros. No se cuál es su precio. Deme lo que crea conveniente”*.

Eché mano a mi billetera y saqué lo que en ese momento tenía, lo mostré. Ella, asintió con la cabeza, cogió el dinero y envolvió la escultura. La guardé temerosa de que se arrepintiera.

Días después, me puse en contacto con una amiga, especialista en lenguas y arte griego. Ella me condujo a Παυλος.

Ahora mismo está encima de una mesa. Observando con su único ojo. Noto el ¡pum,pum! de sus extraños latidos. La luz de la tarde ilumina su color amarillo. Entre copa y tazas de café hay un manajo de folios que corroboran que es de la época de la cabeza de Rampín, hallada en su

día en la Acrópolis de Atenas.

Muere el día, la penumbra desdibuja los objetos. Como luciérnagas, las farolas iluminan las calles. Παυλος me besa. ¡Atenas, mi destino!

Atenas, febrero de 2023.

ANDREA JIMENEZ- MODALIDAD RELATO